

ECOS DE UNA CIUDAD A LA DERIVA

(EN RECUERDO DE JOSÉ BLANCO REGUEIRA)

La primera imagen que conservo de José Blanco Regueira es la de un joven meditabundo acodado en la balaustrada del patio central de la Universidad Nicolaíta; fumaba gozosamente, indiferente a todo lo que allí ocurría: palabras y más palabras de filósofos. La espiral del humo ocultaba su rostro y, acaso también, su alma. Poco después, a fines de los años setenta nos reunió el interés común de formar una agrupación en defensa de nuestros derechos laborales en la Universidad Autónoma del Estado de México. Aún pagan los profesores de esta institución el decaimiento de aquellos empeños. Pues en vez de lo que nos proponíamos, se enseñoreó la complicidad con una institución cada día más burocrática que somete a su personal a una brutal incertidumbre exigiéndole, año con año, cuentas para su sobrevivencia. ¡Cuánta mezquindad ha emponzoñado la universidad pública!

Desde entonces lo tuve por un hombre tolerante, cordial, pero sobre todo paciente. Pues no acabo de explicarme cómo un talento como el suyo pudo adaptarse a tanta mediocridad. Es probable que algunos de sus graves males que anunciaban su muerte hayan tenido que ver con esa resignación. ¿O fue una forma de existencia callada, pero insumisa contra la dominación, una opción personal revolucionaria, desdeñosa de la atroz cotidianidad, de las

bisuterías de la vida práctica? Ácrata por vocación, quiso vivir alejado del bullicio urbano para encarar mejor la fatalidad, para pensarla bajo la mirada de las estrellas, para batirse en recóndito duelo con lo posible. No fueron suyos el llamamiento a la sedición, pero sí el gesto blasfemo, la hipérbole en una prosa escrita con los dientes apretados, que fluía como un río de sangre entre aquellos dedos cortos y macizos de labrador gallego.

Durante años convivimos como vecinos en un bosque de tejocotos silvestres, sembrado de piedras volcánicas. Largas noches me distinguió con el privilegio de su conversación inteligente. Mucho aprendí de él y mi gratitud es inmensa. Un día se fue de allí, con los pocos enseres que pedía su austeridad, ceñida a un régimen de meditación filosófica y comida estricta y frugal.

Estudió en París. Concluido su doctorado, se refugió en México. Buscó suerte en la UNAM, pero algunos trasterrados —aborrecedores centauros, mitad indiferentes, mitad envidiosos— lo despacharon a provincia, para fortuna nuestra. A su obra le seguí los pasos. Fui su primer editor, no del todo afortunado. A pesar de lo cual, creo que le vino bien dar a luz sus libros sobre Kant y Kierkegaard. Más allá de esos ensayos exegéticos, mostró las cualidades de un pensador corajudo, cada vez más personal. No siempre me fue accesible. Y es que la filosofía se ha vuelto

asunto de profesionales: entre más cerradas sean sus murallas, más alta es su distinción. Sólo unos cuantos iniciados pueden internarse en sus laberintos: vestales de un culto que ha perdido su aire callejero.

Claro que él lo sabía. En un ensayo sobre los estoicos nos dice: “mientras los filósofos ‘profesionales’, con título y cátedra, continúan rumiando su arsenal de sistemas caducos, la ceguera científica da la mano al dogmatismo religioso: lo que la ciencia no plantea, la religión lo resuelve sin necesidad de plantearlo”. De esas lecturas guardo apenas pensamientos sueltos, pero sin duda una admiración por esa fidelidad a una vocación sentida y vivida desde lo más hondo; lo que pensaba nacía tanto de su mente como de su sangre. Sus trazos son tan ibéricos —pese a su academia francesa— como los de García Lorca.

Hace poco pude ver en el teatro nacional de La Habana una representación dancística de *La casa de Bernarda Alba*. Pensé en Blanco, en la fuerza devastadora de sus líneas. Durante esos breves días cubanos, leía *Estulticia y Terror*. Me estremecieron sus páginas; por momentos me ahogaron. Por dicha, un paseo por la playa y el paisaje de unos adolescentes fundidos en un beso me recobraron la respiración. Estaba allí el milagro de la vida en medio del terror, ya no metafísico, sino otro, próximo a los cuerpos tiranizados por un régimen odioso que proclama la salvación colectiva y, al propio tiempo, devasta las libertades individuales.

Siento con *Estulticia y Terror* una afinidad lexicológica; las palabras mal, perversión, estulticia, podredumbre, desorden, forman parte de mis herramientas sociológicas. No son artificios míos: esplenden en una sociedad decadente. Pero, metafísica o sociológicamente, sólo pueden ser enunciadas desde una radical misantropía; así, el último y radiante ensayo de José Blanco puede ser visto no sólo como la floración de una conciencia doliente, sino también como el eco de una sociedad a la deriva que deja en el alma despierta un inevitable gusto amargo: promesas extraviadas, fracaso, renovada dialéctica del amo y el esclavo. La euforia de principios de milenio fue pirotécnica; se disolvió en medio de los fulgores siniestros de la opresión y la guerra.

No es de extrañar entonces que a Blanco Regueira los seres humanos no le merezcan aprecio alguno. Es el desdén la premisa de su gramática ética y estética. “Ser hombre es una condición cómica [...] En cuanto animalúnculos necios, somos, sin duda, una colección de seres horribles: garrapatas casi siempre, ratas de estercolero muy a menudo, alacranes en el mejor de los casos... (Es el hombre) animalito desobediente que juguetea en los márgenes del devenir [...] Una alimaña torpe e inventiva...” ¿Qué decir ante este dispendio de analogías zoológicas? ¿Es preciso concluir, más allá de Nietzsche, que el hombre no debe ser superado sino aniquilado como una amenaza cósmica? ¿Es tal retórica lapidaria un arma de provocación? ¿O nace de

las entrañas de un asqueado? Entonces, ¿para qué seguir viviendo, para qué afanarse, para qué procrear? En *Kaddish para un hijo no nacido*, Kertesz se pregunta para qué traer un niño al mundo, un judío que habrá de ser execrado. Su respuesta es consecuente: la esterilidad es el destino de los oprimidos.

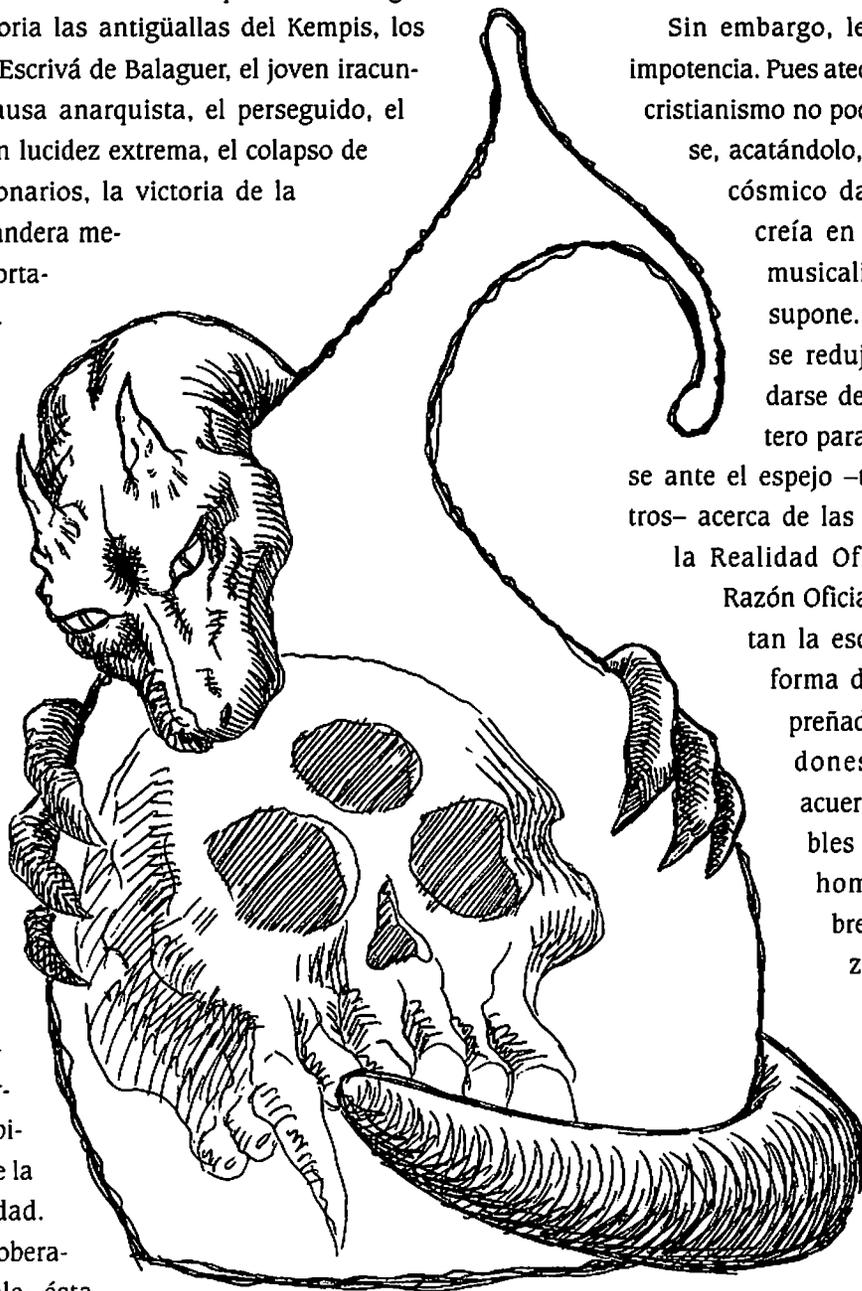
Pero José fue un padre hogareño, preparaba una exquisita tortilla española para los amigos, disfrutaba el buen vino, el arte taurino de Enrique Ponce y el canto de Camarón. ¿Vivía lo que pensaba, pensaba lo que vivía? Valga decir que en cada uno de nosotros habita una multitud de niños; su convivencia es difícil y se arrebatan la palabra. Esta vez, en *Estulticia y Terror*, ha triunfado la voz del ultrajado, del niño crecido bajo el cielo cruel del franquismo, el obligado a aprender de memoria las antigüallas del Kempis, los lugares comunes de Escrivá de Balaguer, el joven iracundo que abrazó la causa anarquista, el perseguido, el que ha percibido, con lucidez extrema, el colapso de los sueños revolucionarios, la victoria de la democracia, esa curandera mediocre que hace soportables nuestras vidas.

La engañaifa del mundo. No es la hora de complacer sino de maldecir.

Me detengo en las preguntas de su meditación sobre el estoicismo recogida en *Odisea del Liberto*: ¿Qué hacer con la vida? ¿Qué hacer de 'mi' vida? ¿Cómo conducir mejor esta vida hacia la muerte? Tales son las preguntas que rigen el esfuerzo de toda filosofía auténtica y a partir de las cuales se bifurcan los caminos de la sabiduría y la necesidad. Aquella vincula la soberanía con lo inexorable; ésta

“se define precisamente como la pretensión de eludir lo ineludible”. No dudo que Blanco, en diáfana simpatía hacia los estoicos, haya deseado, al pensar, conducir su vida: de otro modo, huyendo del acoso moderno, de sus ilusiones y miserias, de una época en la que los humanos creen poder conducirse adecuadamente sin pensar y pensar adecuadamente sin saber conducirse”.

Sin embargo, le corroía la impotencia. Pues ateo surgido del cristianismo no podía integrarse, acatándolo, a un orden cósmico dado que no creía en la perfecta musicalidad que lo supone. Y entonces se redujo a desnudarse de cuerpo entero para convencerse ante el espejo —todos nosotros— acerca de las trampas de la Realidad Oficial, de la Razón Oficial que adoptan la escarnecedora forma del Leviatán preñado de falsos dones, de desacuerdos invencibles —hombre y hombre, hombre y naturaleza—, pero sobre todo de esa nueva manera de designar la esclavitud que llamamos liber-



tad. Cuántas veces, mientras engarzaba vigilia y sueño con agua ardiente y perfumada, me repitió que el capitalismo ha llegado a ser capaz de digerirlo todo: discursos críticos, rebeldías desesperadas.

El discurso de Blanco Regueira en *Estulticia y Terror* se antoja como el humor de quien se pone la máscara de un enfermo terminal: la de un escéptico epistemológico y ético, pues necio es ya querer vivir en la Verdad, ya creer que se vive Verdaderamente; pero más que eso. Como desprendido de un árbol

muerto, el discurrir semeja una redundancia del pavor “que significa existir en un grotesco estado de desamparo”. Desamparo metafísico e histórico para el cual no hay consue-
política ni el arte, pues la demomayor de las vergüenzas hisque ha conocido la humanimientras la música parecería una compensación a la sorde-
ra que es “parte sustancial de la condición estúpida y amedrentada de los mortales”.

Cuando entra la noche, todo es oscuridad. Las palabras de Blanco Regueira son la resonancia de un día que ha terminado, ese momento que describe un adiós, como si nada hubiera que decir, nada que no sea sino un lamento, el reconocimiento de la inanidad de una travesía, un aullido o algo próximo a las emanaciones de una “mala digestión”. Pienso en su reverso, en Montaigne, en los serenos enunciados que secreta un cuerpo saludable en una época que, sin dejar de lado la profunda duda, admira los cuerpos elegantes y pulidos, celebra la amistad y goza la vida.

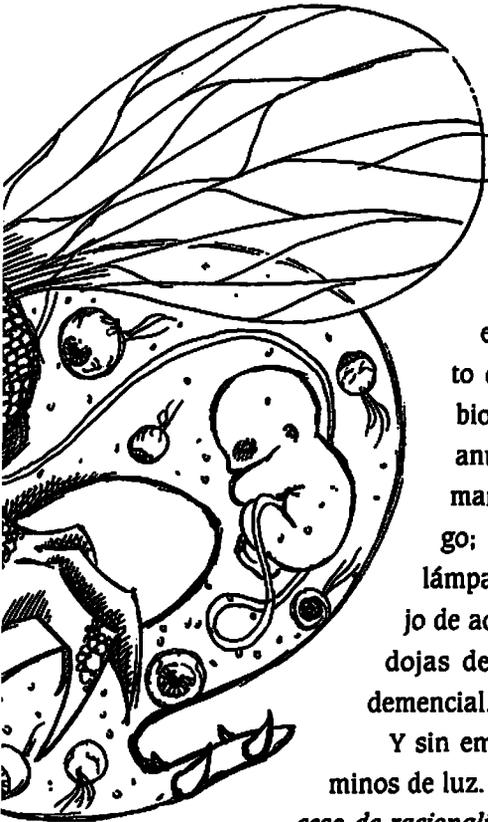
¿Y qué es la estulticia? Temo ser atrapado por una maraña polisémica. ¿Es un adjetivo circunstancial? Sí, al parecer, como algo contrario a la listeza que “es afirmación de poder, juzgar, aventajar a otros”. ¿Corresponde entonces a la condición del débil, del perdedor, del dominado? Los contornos se pierden, como en una acuarela caprichosa, para reaparecer como un estado, “un conjunto de gestos forzados que trata de desvincular al hombre de la inocencia”, lo que quiere decir simple y llanamente civilización y cultura. ¿Gestos forzados? ¿No es de éstos que está hecha la tela de la historia? ¿No es esa nuestra naturaleza? ¿Y el Terror? Razón, Verdad, Realidad: tríada que se sitúa detrás de los muros visibles, allende las manifestaciones triviales que, en coartada perfecta, distraen la atención de políticos paranoicos y miopes ciudadanos. Si no malentendiendo, el Terror sería el fruto venenoso del humano esfuerzo, lo que ha forjado la ineptitud para representarse el mundo, para vivir en él; en suma, desenlace de la inocencia perdida, del paraíso abandonado.

Frente a este absoluto desengaño, ¿qué queda por hacer?, ¿cruzar-se de brazos, sentarse a contemplar la catástrofe? “Grotesco es hablar

lo posible: ni la
craza “es la
tóricas
dad”,



del Mal puesto que el Bien es indefinible". ¿Entonces hemos de morder su polvo resignadamente? Si lo verdadero es vana y estúpida búsqueda, ¿no nos queda más que aceptar la humillación de las tinieblas? En



el siglo XVI, los escépticos como Montaigne, los antiintelectualistas como Erasmo, desmoralizaban al hombre y glorificaban el inocente reino de las bestias. Era jactancioso el conocer; enaltecedor, ignorar, someterse sin más a la fe; rendirse, en suma, ante la majestad divina. Semejante desprecio estaba ya en Pablo, el de Tarso, el enemigo del humanismo: "Porque escrito está: arruinaré la sabiduría de los sabios, y la inteligencia de los inteligentes anularé". Escépticos fideistas y ateos se hermanan en ese morboso gusto del andar ciego; pero mientras aquéllos se acogen a la lámpara de la revelación, éstos, para regocijo de aquéllos, se arrojan del acantilado. Paradojas de los adversarios de un cristianismo demencial.

Y sin embargo, la historia va abriendo sus caminos de luz. Francois Chatelet nos habla de un *proceso de racionalización*. Sin desdeñar el instinto de las masas, las aristocracias del espíritu laico nos han enseñado a distinguir la vida de la muerte, la tolerancia del fanatismo, el interés del desinterés. Si algo hemos aprendido de las conciencias más penetrantes del Occidente moderno, es el arte de sospechar: del bien pensar burgués, de las obviedades y sutilezas del poder, de los encantamientos verbales de los reformadores sociales. De otro modo, nada explicaría salir a la calle —como lo hizo Blanco Regueira— para gritarle a Bush sus canalladas, repudiar el silencio de los indiferentes, excitarse ante las masacres que a diario enrojecen los suelos de este planeta herido. Tal vez todo esto no sea sino una tierra frágil, abonada por la hojarasca de una absurda sensiblería. Pero en esta pesadilla de la historia es todo lo que tenemos. ¿A quién le importa definir el Bien si, aunque con pena, podemos vislumbrar y —eventualmente, si mejor nos va— someter los relámpagos que amenazan la leve sonrisa del mundo?

Algunas veces, en medio de la noche, atisbé a José desde mi alta alcoba como un héroe melancólico contemplando las ruinas del mundo, imaginando tal vez la vida de otras edades más felices. "Admiro la dignidad exquisita con que asumes tu condición de ser solitario", me decía. Pero, ¿no fue la suya una soledad más radical que la mía?

Rechazaba, como un asceta empedernido, todo bálsamo. Cuando a mi regreso de un viaje, le hablé de un prodigioso cuadro de Leonardo que había visto en la antigua pinacoteca de Munich, me replicó con desdén: "no te engañes, es sólo arqueología". Cernuda escribió: "Quién podría vivir en la tierra/si no fuera por el mar". ¿También morir? En el mar, el de La Coruña, el de su infancia, reposan las cenizas de ese noble exiliado que fue José Blanco Regueira. Acaso allí, en su amable inmensidad, ha encontrado una respuesta. LC